

CATEQUESIS Y REVELACION¹

ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA
DIRECTOR DE LA REVISTA (1987-1988) (1989-1991)

I. INTRODUCCION

“Una buena pedagogía catequética ha de posibilitar el camino hacia el encuentro, conocimiento y reconocimiento de Dios. Ha de hablar de Dios para establecer una relación con El de confianza y obediencia, ha de llevar a poner en El y esperar de El la salvación definitiva, no para dispensar al hombre de las tareas confiadas por Dios de renovación de la humanidad que debe resolver el hombre mismo. Ha de hablar de Dios para darle gloria”². Este cometido y esta tarea ineludible de la catequesis tienen su apoyo y su posibilidad en una función principal del ministerio catequético: comunicar a los hombres la revelación de Dios, actualizar de un modo propio y específico esta revelación divina para el hombre de hoy³. Esta función y servicio constituye una de las constantes destacadas por los Obispos de la Comisión de Enseñanza en *La catequesis de la comunidad* (CC), hasta el punto de fundamentar el ser y el quehacer catequético y su carácter propio en la conciencia que la Iglesia tiene de la revelación, expresada en la Constitución dogmática

¹ Artículo publicado en *Teología y Catequesis* 3 (1984) 303-325.

² A. CAÑIZARES, “Hablar de Dios para darle gloria’, tarea ineludible de la catequesis cristiana”: *Teología y Catequesis* 1-2 (1984) 40.

³ Este modo propio y específico viene determinado por la identidad de la acción catequética dentro del proceso de evangelización constitutivo de la Iglesia, como forma peculiar de educación en la fe, como obra de iniciación cristiana, integral y de fundamentación en la fe y como ministerio de la palabra.

Dei Verbum del Vaticano II: la “renovación del concepto de la catequesis que nos pide la Iglesia, de hondas repercusiones pastorales *se inspira*, sobre todo, en el Catecumenado bautismal y la *fundamenta* en la concepción de la Revelación, tal como ha sido descrita en la constitución *Dei Verbum*, del Concilio Vaticano II” (CC 82). Esta concepción proporciona a la catequesis su verdadero fundamento⁴.

Es imposible separar la revelación como acontecimiento histórico de su recepción por el hombre; hasta el punto de que no podemos hablar de revelación con toda propiedad, si la auto-manifestación de Dios en y por la historia no es captada por el hombre. La revelación judeocristiana es indisoluble de la historia significativa del pueblo de Dios que culmina en el acontecimiento de Jesucristo. Pero esta revelación coincide con el don que Dios hace de sí mismo. Y esto no cesa en la etapa apostólica, sino que prosigue en la comunidad-Iglesia y en la vida de cada hombre. La revelación, como acontecimiento histórico, se ha cumplido en plenitud en Jesucristo, pero su actualización en la conciencia viva de la Iglesia, bajo la moción del Espíritu Santo, jamás está acabada. Y es en este sentido como podría hablarse de una revelación continuada, en cuyo dinamismo se sitúa e inserta la catequesis.

En este dinamismo es donde sitúan la catequesis los Obispos de la Comisión de Enseñanza; “en este sentido, la constitución *Dei Verbum*, del Concilio Vaticano II, constituye una sólida base sobre la que apoyar la manera de entender el carácter propio de la catequesis” (CC 106). A la luz, pues, de esta Constitución hay que entender las directrices pastorales que sobre

⁴ CC 106, 77. De todos es conocido que el modo de entender la catequesis viene condicionado por el modo de entender la revelación: “Dime qué catequesis haces y te diré, en consecuencia, qué concepción tienes de revelación” (cf. J. AUDINET, “Agir pastorale et révélation”, en: J. AUDINET-H. BOUILLARD-C. GEFFRE, *Revelation de Dieu et langage des hommes* [París 1972] 11-34; E. ALBERICH, *Catequesis y praxis eclesial* [Madrid 1984] 53-124). La renovación catequética contemporánea ha seguido a la toma de conciencia renovada del hecho y del sentido de la revelación y de la palabra de Dios, principalmente a partir del Concilio, cf. F. COUDREAU, *¿Es posible enseñar la fe?* (Madrid 1976); E. ALBERICH, *Naturaleza y tarea de la catequesis* (Madrid 1974); *Id.*, *Orientaciones actuales de la catequesis* (Madrid 1974); A. CAÑIZARES, “La catequesis española en el proceso de acogida del Vaticano II”: *Teología y Catequesis* 1 (1982) 45-64.

catequesis nos ofrecen los Obispos; en ella encontramos sus leyes y los principios orientadores de toda catequesis, así como los criterios para discernir y evaluar la autenticidad del ejercicio de nuestra acción catequizadora (cf. CC 106). Teniendo en cuenta que este documento episcopal pretende clarificar la identidad de la catequesis, para que éste esté al servicio de la identidad cristiana (cf. p.e. CC 77), es muy importante que los Obispos pongan la constitución *Dei Verbum* como criterio de discernimiento y autenticidad de la catequesis⁵.

Este texto conciliar es como una especie de cañamazo de fondo en que se mueven y basan las afirmaciones del documento episcopal, aunque de manera directa es abordado cuando se trata del carácter propio de la catequesis (cf. CC 106-39). A esta parte, en que los Obispos exponen “los criterios o leyes catequéticas más importantes” me voy a referir particularmente en este estudio, consciente de que allí seleccionan pastoralmente sólo algunos puntos de *Dei Verbum*⁶.

Esta selección, que no significa exclusión, se hace en fidelidad a la coherencia interior que guarda *Dei Verbum*, respetando la unidad interna y total que tiene el hecho de la revelación divina dada en Cristo: “Por esta revelación, la verdad tanto acerca de Dios como de la salvación del hombre brilla en Cristo, que es al mismo tiempo mediador y plenitud de la revelación” (DV 2); por ello no podemos ver los criterios o leyes señalados por los Obispos como compartimentos, ni podemos quedarnos con unos, dejando otros, ni tampoco podemos ni debemos reducirnos sólo a éstos, como si fuesen ellos sólo los únicos criterios que, en orden a la catequesis, se desprendiesen de *Dei Verbum*⁷.

⁵ El documento *La catequesis de la comunidad* no nos dice otro criterio de evaluación más fundamental que éste.

⁶ De hecho, los Obispos se reducen prácticamente a comentar y señalar algunas implicaciones catequéticas de DV 2, 5 y 8.

⁷ Una cierta laguna, a mi entender importante, es el relieve dado a la acción del Espíritu Santo en toda la obra de actualización de la revelación que es la catequesis; también la dimensión trinitaria de la revelación podría haber sido más destacada en orden a la catequesis. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que son muchos los

II. VISION DE REVELACION QUE NOS OFRECE EL DOCUMENTO SOBRE LA CATEQUESIS DE LA COMUNIDAD DE LOS OBISPOS ESPAÑOLES

“El carácter propio de la catequesis encuentra sus principios orientadores en la concepción que tiene la Iglesia de la Revelación, de la Tradición y de la fe. Esta concepción proporciona a la catequesis su verdadero fundamento” (CC 106). ¿Qué se entiende por revelación y por fe en el documento episcopal⁸ y cómo esta concepción proporciona a la catequesis su verdadero fundamento?

“La revelación es acto de Dios mismo que se revela al hombre. Es acción gratuita de Dios; autocomunicación personal de Dios mismo a los hombres, donación personal de sí mismo que se expresa en palabras y obras” (CC 107, 128); es acción interior en el corazón del hombre que actúa y se desvela gratuitamente, como promesa, perdón, sentido, presencia, por la acción del Espíritu Santo que eleva la inteligencia y abre los ojos del corazón (cf. CC 109); es diálogo, conversión, entre Dios y el hombre (DV 2), llamamiento que dirige a cada uno (CC 109), amor de Dios que sale a nuestro encuentro (CC 110), acción por la que El, por gracia y por pura iniciativa suya en el amor, nos ofrece en Jesús la reconciliación con El, con nosotros mismos y con los demás (cf. CC 111); es comunicación de Dios mismo: acontecimiento de gracia y de salvación⁹. Es la auto-manifestación o autodescubrimiento de Dios en su intimidad divina al hombre, en una historia experimentada cuyo culmen es Cristo, mediador tanto de la creación como de la salvación. Es el acto por el que Dios, *semper maior et absconditus*, indescubrible en su esencia o en su intimidad más propia para el hombre, se autodesvela a sí mismo para nosotros diciéndose en

criterios inspiradores de DV presentes en el documento episcopal esparcidos por doquier y no sólo en esta parte que comentamos.

⁸ El aspecto de “Tradición” queda abordado en este mismo número de *Teología y Catequesis* por A. Bravo.

⁹ Cf. C. GEFFRÉ, “Equisse d’une théologie de la Révélation” en: P. RICOEUR-E. LEVINAS-E. HOULOTTE, *La Révélation* (Bruxelles 1977) 180.

una Palabra que se hace carne¹⁰, en una historia concretísima, en la de Jesús de Nazaret, en que Dios toma forma, imagen, figura¹¹, para introducir a los hombres y hacerlos partícipes en su propia vida¹².

Dios se nos manifiesta secreta y constantemente en la historia de los hombres (cf. CC 111). El se nos ha revelado en la historia, a través de signos (cf. CC 116), entrando en la historia de los hombres, haciéndose presente en la historia del pueblo de Israel, encarnándose en Jesús de Nazaret -el Hijo de Dios, figura e icono de Dios-, y prolongando su presencia en el mundo por medio de los cristianos, que constituyen la Iglesia (cf. CC 112). “La revelación es un acontecimiento que radicado en el tiempo trasciende al tiempo en que se manifestó de manera inicial para ser una oferta permanente”¹³. Dios asume plenamente la humanidad de Jesús en la encarnación del Verbo para hacer de ella la plenitud de la revelación (cf. CC 114). La existencia personal, histórica y concreta de Jesús de Nazaret, el Hijo, es la revelación de Dios, la autorrevelación en la historia; en ella, en la persona de Jesús de Nazaret, está la clave y el punto de partida para interpretar o, mejor, comprender la revelación de Dios: “Cristo es revelación de Dios no tanto por tal o cual acción sino por toda su persona. Su vida entera es manifestación de salvación: El dice las palabras de Dios y lleva a su acabamiento la obra de la salvación”¹⁴. De suyo, la plenitud de la revelación operada en Cristo no se realiza sólo por la doctrina que El transmite, sino con “su total presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros y, sobre todo, con

¹⁰ Jn 1; cf. H. URS VON BALTHASAR, *La gloire et la croix* (Paris 1966) 153.

¹¹ “El Hombre-Dios indivisible, según los datos de la Biblia, es la imagen y la expresión de Dios: el hombre en la medida en que Dios resplandece en él, Dios en la medida en que El aparece como el hombre Jesús” (BALTHASAR, *La gloire* 164).

¹² Cf. DV 2; H. BOUILLARD, “Le concept de révélation de Vatican I a Vatican II”, en: AUDINET-BOUILLARD-GEFFRÉ, *Révélation de Dieu*, 44; W. PANNENBERG, *Fundamentos de cristología* (Salamanca 1974) 157-65.

¹³ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, “Actualización de la revelación divina”: *Iglesia Viva* 82 (1979) 324.

¹⁴ GEFFRÉ, *Equise* 180.

su muerte y resurrección..., y con el envío del Espíritu de la Verdad” (DV 4) (CC 123).

Esta concepción de revelación afirma que la revelación ha tenido lugar una vez y de una vez para siempre (Hb 1,1). El sujeto de esta revelación es un ser personal: Dios; el medio de la revelación es una historia y una existencia personal, Jesús de Nazaret,

desde su personal subjetividad filial, el intérprete que en sí mismo dice la realidad que se da, y que se da no más allá y al margen de sí mismo, porque lo que se da es Dios mismo como Padre, y esa donación tiene justamente lugar en la participación a la filiación del Hijo, que a un tiempo es hermano de los humanos... Centrar así la revelación en el destino y existencia de Jesús Hijo equivale a dar a aquélla una radicación antropológica: Dios se nos da y se nos dice en una humanidad como la nuestra, a la vez que nos revela nuestros límites y posibilidades. Pero no menos equivale a darle una radicación trinitaria. Porque ya no sabemos quién es el Hijo, si no sabemos en alguna manera quién es el Padre a quien Jesús invoca “Abbá”, y quién es el Espíritu en quien El se da y se dice, que nos será garante en su memoria, plenificador de su verdad, actualizados de sus exigencias, confortador de sus durezas, manifestador de su personal misterio. Hablar, por consiguiente, de revelación, equivale a hablar de verdad última del ser personal humano y sobre todo del ser trinitario de Dios; y al invocarlos los dos al mismo tiempo estamos ligando para siempre el uno al otro. Y no sabremos qué es revelación si no conocemos aquella existencia humana de Jesús, y no la conoceremos a fondo si no la vemos referida al Padre y al Espíritu”¹⁵.

La revelación es un acontecimiento siempre único entre Dios y el hombre; acontecimiento que continúa hoy en la experiencia creyente y consciente de los hombres. La revelación no encuentra su sentido más que en la fe que la acoge. La revelación del designio de Dios, del *sacramentum voluntatis suae* (DV 1), no se realiza, en última instancia, sino cuando se acoge, se interioriza, se acepta en la conciencia humana y se obedece en una vida que hace presente en la historia ese designio y lo testimonia históricamente. La fe es correlativa a la revelación y ésta es co-

¹⁵ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Actualización*, 326-327.

rrelativa e inseparable de la fe que es “entrega confiada de todo el hombre a Dios” (CC 128) y homenaje del entendimiento y voluntad, conversión y conocimiento, experiencia vital y verdad revelada (CC 129): “Cuando Dios revela, hay que prestarle la obediencia de la fe” (Rm 16,26; cf. Rm 1, 5; 2 Co 10,5-6), por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios prestando a “Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por El” (DV 5). Porque la revelación es realidad siempre y solamente allí donde existe la fe. El no creyente permanece bajo el velo del que habla Pablo en 2 Co 3. El puede leer la Escritura y saber lo que hay en ella, comprender incluso de manera puramente conceptual lo que se quiere decir y la conexión entre sus diversas afirmaciones; y sin embargo no ha sido hecho partícipe de la revelación. Por el contrario, revelación surge allí donde, además de las afirmaciones materiales que la atestiguan, se hace efectiva su realidad interna en la forma de la fe. En este sentido pertenece a la revelación, hasta un cierto grado, también el sujeto receptor, ya que sin él no existe. La revelación es una realidad viviente que reclama al hombre viviente como lugar de su advenimiento¹⁶.

La fe pertenece a la misma hechura de la revelación. La revelación objetiva que es Cristo no se constituye efectivamente como revelación para un sujeto si no es por la actuación de Dios en el corazón del hombre, por la acción divina interior, por esa luz que Dios derrama interiormente en el hombre que suscita en él la decisión y el acto de fe. La revelación es “la iluminación que Dios hace al hombre interior para que éste pueda descubrir su presencia, reconocerla como gracia que sana, salva y plenifica la vida humana, acogerla en el corazón, amarla con aquel amor que la hace pasar de la inteligencia a la vida y del corazón a las manos, realizándola con las obras del amor. Los creyentes creen en la Palabra del Padre y en el Hijo porque aquél ha encendido una luz y un amor en los corazones; esa luz

¹⁶ J. RATZINGER, “Ensayo sobre el concepto de Tradición” en: K. RAHNER-J. RATZINGER, *Revelación y tradición* (Barcelona 1971), cit. por GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Actualización*, nota 26.

y ese amor, que tornan transparente y deseable la realidad de Jesús, que nos hacen amarla y entregarnos a ella, a eso es a lo que llamamos revelación”¹⁷.

La revelación, como acontecimiento histórico se ha cumplido ya en plenitud en Jesucristo, pero ésta no llega para los demás a su plenitud efectiva sino cuando, bajo la moción del Espíritu Santo, es acogida en la fe de aquellos que escuchan religiosamente la palabra de Dios, la proclaman confiadamente y hacen suya la frase de san Juan, cuando dice: “Os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifestó: lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros, y esta comunión nuestra sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (CC 128).

La vida eterna, Dios mismo¹⁸, se revela al hombre manifestándose en la persona de Cristo, “visto, escuchado, tocado”, es decir, “contemplado”¹⁹ y acogido en la fe de los que le reciben a fin de que “entremos en comunión con el Padre y con su enviado, Jesucristo” (DV 1), a fin de que conociendo y testimoniando a este Enviado participen de la vida eterna²⁰. El Espíritu es quien ilumina interiormente al hombre para que se una a Cristo por la fe y entre en comunión con El, viviendo las mismas actitudes y sentimientos suyos en los cuales Dios se ha revelado; eso es ser creyente. Sólo entrando, por la acción interior del Espíritu que testimonia de Cristo, en comunión con este Cristo, sólo siendo creyente y desplegando la historia personal como testimonio histórico concreto y actual de este Cristo, sólo así podemos decir que se llega a participar de ese autodesvelamiento o autodonación personal que constituye la revelación divina.

¹⁷ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Actualización*, 320-321.

¹⁸ Cf. H. DE LUBAC, “Comentario al preámbulo y al capítulo primero de la Const. *Dei Verbum*”, en: B. D. DUPUY (ed.), *Vaticano II. La revelación divina. Constitución dogmática Dei Verbum, texto latino y traducción castellana. Comentarios*, 2 vols. (Madrid 1970) (Comentario a DV 1).

¹⁹ *Id.*, 186.

²⁰ Cf. DV 2.

Es la fe como intencionalidad, respuesta histórica y concreta suscitada por el Espíritu, en consecuencia, la que permite reconocer en los acontecimientos o en el acontecimiento de Jesús, la revelación de Dios²¹.

La fe, por otro lado, se ha de formar y aclarar en el encuentro con los testimonios objetivos de la Sagrada Escritura y de la Tradición viviente que recogen el testimonio de aquellos que “comieron y bebieron con Jesús”, le siguieron, porque el Padre se lo ha revelado, creyeron que era el Mesías, el Hijo de Dios vivo (cf. Mt 16,18), y vivieron, en consecuencia, en comunión de vida con El. “Cuando nosotros recibimos su testimonio entramos en comunión con ellos”²². Por tanto,

la revelación es la acción que desde fuera Dios proyecta sobre nuestro corazón haciendo posible la adhesión (fe). La objetividad y la subjetividad, la realidad exterior en la que se alimentan nuestros sentidos y la realidad interior que constituye el fondo de nuestra conciencia y libertad abiertas al Absoluto son inseparables. Por consiguiente irán unidas las gestas de Dios y las palabras del profeta que las interpreta, las palabras del apóstol y la acción del Espíritu que las esclarece en el corazón del oyente”²³.

Exterioridad e interioridad, acción de Dios y reacción del hombre (o del pueblo elegido), autocomunicación de Dios y entrega fiel del hombre son inseparables en el proceso de la revelación tal y como se nos muestra en Aquel que es la revelación. Precisamente, en su fase culminante la revelación consiste en una nueva forma de existencia que se realiza en la persona y en la obra de Cristo como la verdadera relación religiosa entre Dios y el hombre. En la medida en que el acontecimiento de Cristo es la revelación de Dios, no puede consistir ésta en una experiencia incommunicable de orden afectivo²⁴, sino que deberá ser comunicable, expresable y testificable de forma objetiva por

²¹ C. GEFFRÉ, “La révélation hier et aujourd’hui. De l’Ecriture a la prédication de la Parole de Dieu”, en: AUDINET-BOUILLARD-GEFFRÉ, *Révélation*, 95.

²² DE LUBAC, *Comentario*, 189.

²³ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Actualización*, 321.

²⁴ Cf. GEFFRÉ, *La révélation*, 101.

una Tradición ininterrumpida que se expresa por la mediación sacramental de la Iglesia toda, a través de las diferentes mediaciones que la constituyen, como pneumática y apostólica, en sacramento de Cristo.

Si la revelación no es separable de Cristo, porque es Él mismo, en su entraña personal, la fe o la recepción de “la revelación no será otra cosa que el conocimiento, asentimiento, amor, connaturalización y respuesta activa al hombre Jesús reconocido y creído como Hijo. Si es su ser personal la revelación en acto, la revelación es lo que Él es: en el lugar y en el tiempo, en sus acciones y pasiones, en su destino de muerte y resurrección”²⁵. Por tanto, es participando en el mismo sentido y en el mismo destino de Jesús de Nazaret, en los diferentes y nuevos tiempos sucesivos a su acontecimiento, como podemos penetrar en la revelación que es Cristo. Y esto es lo que supone, tal y como es entendida en el Vaticano II y recoge el documento de la Comisión Episcopal de Enseñanza (cf. DV 5; CC 128, 161), cuya identidad viene garantizada situándose correctamente en la verdad de la relación religiosa del hombre hacia Dios que se da únicamente en Jesús²⁶.

La revelación divina no es exclusivamente un conjunto de verdades garantizadas por la infalibilidad divina; es ante todo la interpelación del hombre a la fe por el acontecimiento salvífico de la encarnación -muerte-resurrección del Hijo de Dios bajo la llamada interior del Espíritu Santo dado a la Iglesia por Cristo glorificado-. Esta acción interna del Espíritu de Cristo, cumplida y expresada en la fe de la Iglesia, pertenece esencialmente a la acción reveladora de Dios en Cristo. Separada de ella, la Sagrada Escritura (*Scriptura sola*) sería una palabra muerta; no sería palabra de Dios al hombre, quien sin la iluminación interna del Espíritu Santo no podría captar el contenido de la Escritura como palabra dirigida a él. La función iluminante del Espíritu de Cristo, que capacita al hombre para aceptar la expresión humana del mensaje cristiano como palabra del mismo Dios, está claramente afirmada en la misma Sagrada Escritura como el aspecto interior de la revelación divina cuyo contenido objetivo viene dado en conceptos, símbolos, etc., por la Escritura. La ac-

²⁵ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Actualización*, 323.

²⁶ Cf. GEFFRÉ, *La révélation*, 102.

ción permanente del Espíritu Santo en la fe de la Iglesia pertenece a la revelación divina, no en cuanto crea contenidos revelados nuevos, sino en cuanto capacita a la Iglesia para recibir la Sagrada Escritura como palabra de Dios y para penetrar siempre más profundamente su contenido”²⁷.

Esta visión de revelación y fe es la que subyace a las orientaciones episcopales sobre “la catequesis de la comunidad cristiana”. La identidad de la catequesis queda configurada por los rasgos señalados de la revelación cristiana y su correlativo la fe, en cuanto que es ministerio específico de actualización de la revelación divina.

III. LA CATEQUESIS COMO ACTUALIZACION DE LA REVELACION DIVINA

Los obispos hablan de la catequesis como actualización de la revelación divina (cf. CC 108), y afirman que “la catequesis actualiza la acción (revelación) de Dios en el grupo catecumenal”²⁸. Es necesario entender bien qué se dice cuando se habla de “actualización” de la revelación para no incidir en equívocos²⁹. Actualización no es sinónimo de “aggiornamento”; no se trata de adaptación de unas expresiones culturales de un universo cultural distinto al nuestro; no significa tampoco un adecuar a los nuevos tiempos unas fórmulas y unas exigencias que hoy parecen caducas; no equivale a la paralela transposición de unas experiencias que aparecen en la primera y normativa objetivación de la revelación -en la Sagrada Escritura- pero que hoy habría que expresarlas diversamente; no consiste en escribir hoy otro evangelio, desmitificado el ya dado.

Con la catequesis no se produce una nueva revelación diferente a la ya dada una vez por todas; ni por el hecho de

²⁷ J. ALFARO, *Cristología y antropología* (Madrid 1973) 222.

²⁸ CC, Primera Ley de la catequesis, p. 52.

²⁹ Algunas de estas posturas equivocadas pueden verse en A. CAÑIZARES, “Catequesis y Teología. Relaciones e implicaciones mutuas”: *Teología y Catequesis* 4 (1984) 464-465.

desplegar en ejercicio la acción catequética ya se actúa o se pone en acto la revelación que es Jesucristo. La actualización de la revelación divina por la catequesis no se lleva a cabo por una especie de automatismo, como si, puesto en funcionamiento el dispositivo, ya se “trajese” allí a Dios y se actuase el acontecimiento de revelación que es Jesucristo. La catequesis no produce ni es la revelación; es tan sólo mediación eclesial -institucional-pneumática-, por la que, guardadas las condiciones objetivas y subjetivas o personales³⁰, en testimonio actual, en memorial presente y en palabra real y viva, en anuncio testifical, se entrega y fielmente se transmite en el Espíritu el objetivo y vivo testimonio apostólico -escriturario y de tradición eclesial viviente- de una revelación que es Jesús de Nazaret, fijado en su historia irreducible a ideas, ejemplo o mito, como posibilidad siempre abierta que se ofrece a los hombres para que entren en comunión con ese testimonio y así estén en comunión con el Padre y el Hijo por el Espíritu Santo. Por esta mediación catequética, el anuncio apostólico del Evangelio vivo, prolongado y actualizado por el mismo Dios en su Iglesia, llega, desde el exterior, como testimonio y palabra, a la inteligencia y a la libertad -el ser todo- de cada catecúmeno como posibilidad de gracia, si consiente a él, y oferta de un sentido último y de una salvación definitiva que, en el fondo, explícita o implícitamente, anda buscando como logro y acabamiento su ser más auténtico³¹.

“Actualizar la revelación equivale a sumergirse en la experiencia histórica que significó Jesús de Nazaret, vivirla tanto en la dirección teológica como en la significación antropológica como El la vivió y en la solidaridad histórica en que permaneció hasta el fin de sus días”³². Se actualiza la revelación cuando por el Espíritu que se nos ha dado somos conducidos a la Verdad plena que es Jesús y participamos en su misma conciencia, en su Vida, entramos en comunión con El, nos identificamos con El, con sus mismas actitudes y sentimientos en los

³⁰ Cf. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Actualización*, 337-346.

³¹ *Id.*, 334.

³² *Id.*, 331.

cuales Dios se ha revelado. Se actualiza la revelación cuando, por la acción del Espíritu, entramos y permanecemos en comunión con los testigos que “han contemplado” el acontecimiento revelador de Jesucristo y cuyo testimonio se ha prolongado fielmente en los escritos del origen y en la memoria viviente de la Iglesia del acontecimiento de Cristo, es decir, de aquella experiencia original, definitiva e insuperable que los hombres hicieron de Dios en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo y que se expresa en la palabra proclamada, se revive en la celebración, singularmente de la Eucaristía, y se reafirma y se historifica en una praxis que presencializa en las nuevas situaciones de los hombres aquel modo de ser y de actuar del mismo Jesús.

El acontecimiento revelador de Cristo “es prolongado y actualizado por el mismo Dios que estando con Jesucristo reconciliando el mundo consigo mismo, mediante su Espíritu se nos ha dado en nuestros corazones, para que por ese Espíritu conozcamos las profundidades de Dios”³³.

Tres son las facetas en las que la catequesis aparece, por el Espíritu, como servicio de actualización de la revelación, señaladas ya por el Sínodo de 1977³⁴ y recogidas por los Obispos de la Comisión de Enseñanza (cf. CC): a) en cuanto memorial; b) en cuanto palabra, y c) en cuanto testimonio.

1. *En cuanto memorial*

La catequesis comporta un ingrediente necesario de memoria actualizante. Asumir esta categoría en la catequesis es situarla como verdadera acción eclesial que “recuerda, conmemora, celebra en memoria de Él, realiza la “anámnesis”.

Asumir esta faceta en la catequesis es darle su vigor sacramental de vida, de presencia, de escatología iniciada, de memoria subvertidora; es hacerle empalmar con toda la acción sacramental y litúrgica:

³³ *Id.*

³⁴ Sínodo 1977, *Mensaje al Pueblo de Dios*, 7-10.

“En efecto, la palabra y la acción de la comunidad eclesial sólo tienen sentido y eficacia porque son hoy la palabra y la acción que manifiestan a Jesucristo y vinculan a Él. La catequesis empalma de esta manera con toda la acción sacramental y litúrgica. La catequesis es en nuestro tiempo ‘la manifestación del misterio escondido en Dios antes de todos los siglos’. Por eso el primer lenguaje de la catequesis es la Escritura y el Símbolo... Es normal que a lo largo de la formación se aprendan de memoria ciertas sentencias bíblicas, en especial del Nuevo Testamento, o determinadas formas litúrgicas, que son expresión privilegiada del sentido de dichas sentencias bíblicas, así como también otras plegarias comunes. El creyente asimila también aquellas expresiones de fe acuñadas por la reflexión viva de los cristianos durante siglos, y que son recogidas en los símbolos y en los principales documentos de la Iglesia... Ser cristiano es entrar en una Tradición viva... La catequesis es así ‘transmisión de los documentos de la fe’³⁵.

2. *En cuanto palabra*

La catequesis, como forma específica del ministerio de la Palabra, consiste en hacer hablar, en nuestro tiempo, a la palabra que nos ha sido dada una vez por todas y totalmente. Esto supone que sea acogida, encarnada, aceptada y expresada en y por nosotros, como “palabra dada” con sentido y donadora de sentido para los hombres. La catequesis es anuncio, comunicación actualizadora, viva y actual, e interpretación, significativa, de la revelación divina acaecida plenamente en Jesús de Nazaret resucitado que nos ha dado su Espíritu. Es comunicación de una palabra, de una Persona, de una Verdad viva, que da la vida.

La catequesis es interpretación actualizadora, comunicación siempre viva de la Verdad que es vida para los hombres. Lo fundamental de la revelación, lo “dado e indisponible”, no cambia. Pero esto “dado” se hace “creíble y disponible”, despliega toda su riqueza insondable de significación y toda su fuerza de sentido y salvación para las distintas generaciones y situaciones en las que los hombres se hallen. Lo “creíble disponible”

³⁵ Sínodo 1977, *Mensaje*, 9.

supone una interpretación siempre nueva y actual y una acogida por parte del hombre en un momento concreto de la historia. Es aquí donde se sitúa el ministerio catequético de la Palabra. Es en la dialéctica de la fidelidad a lo irrepetible de la revelación, a lo “dado e indisponible” de la misma, y en la creatividad de lo “creíble disponible” en relación con las situaciones nuevas y cambiantes de los hombres donde hay que situar el ministerio catequético.

La catequesis, al servicio de la revelación que no es solamente respuesta a los interrogantes del hombre sino también interpelación y llamada al hombre, ha de intentar hacer comprensión del mensaje revelado tratando de que tenga sentido para la búsqueda de sentido por parte del hombre o interpeándola y abriéndola al sentido último y plenificador cuando se encuentre sumido en el sinsentido o en un sentido que lo encierre en sí mismo o en su historia finita. La catequesis ha de hacer que la revelación, bajo la acción del Espíritu, sea significativa para el hombre de hoy.

La acción catequética transmite de manera orgánica y bien ordenada (cf. CT 21) el “todo” de la revelación, comunica y actualiza la Palabra en orden a la progresiva maduración de la fe de las personas o de los grupos a través de un camino de integración del mensaje cristiano con las exigencias, expectativas y problemas de esos hombres o de esos grupos. La catequesis se esfuerza “por lograr la comprensión y la experiencia de la importancia que tiene Jesús, el Cristo (plenitud y consumación de la revelación), en nuestra vida de cada día”³⁶. De este modo, la catequesis es una mediación eclesial, bajo la acción del Espíritu, al servicio del encuentro entre la Palabra viva y los creyentes concretos a los que se dirige. Su función consiste en hacer resonar esta Palabra, como Palabra viva y significativa, de modo que alcance al creyente en su situación, ilumine su existencia y su historia, la interprete a la luz de esa Palabra, y le ayude a expresarla de nuevo como respuesta, acogida y testimonio de esa Palabra.

³⁶ *Id.*, 7.

De ahí que en el ejercicio del ministerio catequético sea necesaria una dimensión de creatividad en la reexpresión de nuestra fe, en fidelidad a la fe de la Iglesia, para que sea significativa para el hombre de hoy. Eso no se produce al margen de la acción permanente del Espíritu en la fe de la Iglesia que capacita a la Iglesia, a la comunidad creyente, para recibir la Sagrada Escritura y sus auténticas interpretaciones sucesivas como palabra de Dios y para penetrar siempre más profundamente su contenido. Desde esta perspectiva hay que señalar que la catequesis, como actualización de la revelación, apunta a un porvenir, hacia un futuro total. Con lo cual, so pena de infidelidad, la catequesis no puede ser elemento estático y paralizante, sino dinamismo y esperanza y creación de nuevas situaciones en las que se haga viva y operante la palabra divina salvadora; ello implica que este ministerio ha de recuperar la praxis e insertarse en el dinamismo de creación de cultura.

Este ministerio ha de ser lugar de dialectización entre el Evangelio y la cultura actual: la inculturación de la fe y su diálogo con la cultura será uno de los cometidos que tendrá que asumir la catequesis en su proceso de actualización de la revelación divina.

Será misión de la catequesis el posibilitar a los cristianos el decir su fe hoy en sintonía con la fe de la Iglesia en lenguaje vivo, contemporáneo, que expresa el “nosotros” de la fe de la Iglesia. La mediación catequética está llamada a posibilitar a los cristianos el que no sean meros repetidores de lenguajes culturalmente muertos y religiosamente neutros, cristianos de “vivencias” incapaces de decir su fe en lenguaje que exprese el testimonio apostólico significativamente en la cultura contemporánea y de entrar en diálogo real y abierto con esa cultura. Es tarea de la catequesis renovar el lenguaje de la fe, producir un lenguaje de la fe que sea el de la Iglesia de nuestro tiempo, fiel inquebrantablemente a la Iglesia apostólica y a toda la Tradición postapostólica. Esto supone que la catequesis lleva a cabo una tarea hermenéutica tanto de la existencia humana actual como de la Palabra eterna e históricamente dicha que hoy habla también a los hombres con toda su inigualable novedad.

3. *En cuanto testimonio*

La catequesis no se queda en una tarea hermenéutica; va más allá: va a que el creyente pueda decir hoy esta palabra como palabra propia, a que diga su propia palabra de fe, como palabra que expresa en fidelidad la Palabra que nos ha sido dada y es dicha para nosotros hoy; a que su vida se convierta en palabra de la Palabra; a que exprese su existencia como testimonio vivo y actual de la Palabra salvadora e iluminadora y viva su situación y su vida como encarnación y signo de la Palabra; a que exprese el sentido de su vida y la llene de significado con el sentido y significado de la Palabra; a que esa Palabra se haga acto en el creyente que la acoge, es decir, a que esta Palabra muestre su sentido y eficacia en la palabra y en la acción del creyente porque son hoy la palabra y la acción que manifiestan a Jesucristo y vinculan a El³⁷.

La catequesis implica una enseñanza que posibilite a los catequizandos el actualizar, en las propias circunstancias históricas, las mismas actitudes y los mismos comportamientos de Jesucristo en los que Dios se automanifiesta. De esta manera la catequesis será una mediación que permita a la comunidad creyente actualizar hoy la historia y el acontecimiento de salvación y ser testigo de esta salvación en el hoy concreto de los hombres.

La catequesis es testimonio de la fe vivida y encarnada de la comunidad eclesial. Hace por ello referencia siempre a una palabra que invita a no cerrarse en un sistema, sino a que esta palabra se “verifique”, se haga verdad, en una actitud y en una praxis que muestre la manera original de estar y actuar creadora y transformadoramente en el mundo, que oriente a los hombres a situarse, vivir y hacer en un mundo histórico, en el que está realizándose el Reino de Dios que crece hacia su plenitud consumada. La catequesis está vinculada a la confesión de fe y a la vida, a la actitud y al comportamiento moral de forma simultánea. Favorece la coherencia entre el creer y el obrar. Es, por esto, testimonio y exigencia de testimonio.

³⁷ *Id.*, 9.

El catequista, ante todo y sobre todo, es un testigo de Jesucristo; un testigo que, en la fuerza del Espíritu y en la comunión con el testimonio fiel de la Iglesia que es apostólica, presencializa y enuncia hoy el acontecimiento revelador que es Jesucristo; un testigo que narra en comunión con los discípulos de Jesús, lo que le ha ocurrido en el camino (cómo lo ha reconocido en la fracción del pan (cf. Lc 24), lo que le ha sido dado (“escucha y ve”), lo que ha “contemplado” acerca del Verbo de vida. La catequesis parte del testimonio eclesial que testifica la verdad escatológica que es Jesucristo y tiende a provocar testigos, ante el mundo y para los hombres de hoy, de aquel que da testimonio la Iglesia. Y esto reclama que el catequista sea un testigo dentro de ese testimonio eclesial. Así la catequesis será narración personal de aquello que hace entrar en comunión con el testimonio apostólico.

La catequesis no puede separarse de un serio compromiso de vida y, por eso, ha de disponer al seguimiento de Cristo, favorecer un estilo de vida, educar para el discernimiento, integrar participativamente en el testimonio y compromiso de la comunidad eclesial y preparar para una transformación renovadora de la humanidad en que se haga presente, en la fuerza del Espíritu, la humanidad nueva, totalmente liberada y realizada en Jesús de Nazaret, el Hijo, resucitado.

La catequesis parte de la confesión de fe y conduce a la confesión de fe (CC 96): “Confesar o profesar la fe cristiana es adherirse incondicionalmente a la Persona de Jesucristo, en quien el Padre nos ha comunicado su Espíritu y, además, manifestar -con palabras y obras- esa adhesión sin reservas, dentro de la comunidad eclesial y en medio del mundo” (cf. CC 164ss).

IV. REVELACION Y DIMENSIONES DE LA CATEQUESIS

De la visión de revelación ofrecida y de la intelección concreta de la catequesis como actualización de la revelación se desprenden varios criterios o dimensiones para la catequesis.

1. *En cuanto que la revelación es la autocomunicación y autodonación personal gratuita de Dios a los hombres que llama a la fe (CC 108), la catequesis es mediación del encuentro entre Dios y el hombre*

La catequesis es mediación del encuentro con Dios porque es actualización de una revelación, de una Palabra de Dios que, antes que cuerpo de doctrina es acción gratuita de Dios. Como se ha dicho, esta acción es algo más que una comunicación de palabras o de verdades de Dios sobre su obra: “es la autocomunicación de Dios mismo a los hombres, es una donación personal de sí mismo que se expresa en palabras y obras” (CC 107).

En correspondencia, la catequesis, antes que transmisión de un cuerpo doctrinal, es mediación eclesial por la que Dios hoy se comunica y se da personalmente a unos hombres concretos. No es, por tanto, un mero acto de enseñanza inserto en un proceso de socialización religiosa encaminado a la integración armónica dentro del cuerpo social cristiano³⁸.

Es necesario tener en cuenta las acciones que se dan o intervienen en la catequesis³⁹, para que el catequista y el acto catequético cumplan con su función mediadora al servicio de la actualización efectiva de la revelación, o lo que es lo mismo, de ese encuentro profundizado de Dios, Padre, con el catecúmeno en Cristo por el Espíritu, que es la fe.

La catequesis no da la fe, no realiza el acto de fe. La catequesis es una gracia de Dios que viene del exterior y actúa desde fuera disponiendo a los hombres a acoger la acción del Espíritu que es, como hemos visto, quien suscita la fe y el encuentro revelador (DCG 22).

El catequista opera sobre cuanto es humanamente educable en el itinerario del catecúmeno hacia y en la fe; por ejemplo, la

³⁸ Sobre el concepto de socialización. Cf. ALBERICH, *Catequesis y praxis eclesial*, 112-116.

³⁹ En la catequesis intervienen, en primer lugar, Dios, que es quien tiene la iniciativa; el oyente que libremente acoge o rechaza o permanece indiferente ante la iniciativa y llamada de Dios y el catequista que ejerce una acción de mediación al servicio del encuentro entre Dios y el hombre.

catequesis educa el sentido de la gratuidad, prepara el terreno para ayudar al catecúmeno a valorar lo gratuito en medio de un contexto cultural en el que apreciamos las cosas sólo por lo que cuestan (CC 111). La acción catequética concurre a desarrollar en el hombre las actitudes y los hábitos naturales correspondientes a la actitud o mentalidad de fe, al hábito sobrenatural infuso de la fe; es, por ello, “cauce a través del cual Dios mismo actúa en el corazón del catecúmeno” (CC 108), vehículo de gracia de la que la fe nace y crece hasta la madurez.

El catequista no es tanto un maestro, cuanto un testigo de fe. Es una persona creyente, que tiene la experiencia de fe y la comunica, testifica, a los demás. Sin experiencia de fe el catequista se convierte en un mero transmisor o enseñante de las cosas de la fe y la catequesis no pasa de ser una mera instrucción religiosa. El catequista es un mediador, al servicio del encuentro del catecúmeno con Dios. Es un mediador que debe saber desaparecer a tiempo para no ser obstáculo para ese diálogo de Dios con el hombre. Como mediador no enseña su propia palabra, sino que proclama la Palabra que le ha sido dada, la Palabra de Dios, la que El dirige al hombre de hoy, que no es otra que Jesucristo, ya que Dios no tiene otra palabra, pues todo lo ha dicho en su Hijo. El catequista no es un mero explicador de doctrinas ni un enseñante de normas éticas, sino un testigo que proclama la intervención actual de Dios para salvar al hombre de nuestro tiempo; es un heraldo de una esperanza que descubre al hombre la acción salvadora en el hoy de nuestra historia, ha de ser, en consecuencia, enteramente fiel al Dios de Jesucristo y a su actuación en el hombre y al catequizando, al hombre de hoy, situado en unas circunstancias concretas y con unas características particulares y un itinerario propio de fe. El catequista ha de saber respetar, aceptar, acoger y tomar en serio al catecúmeno.

La acción de Dios en el corazón del catecúmeno es personal en cada uno “respetuosa del ritmo peculiaridad e intensidad con que éste va respondiendo a la acción divina. Fiel a este principio, la catequesis se convierte en un proceso ‘sinfónico’ en el que, dentro de la educación de una misma fe eclesial, cada uno encuentra el cauce de una respuesta personal y original” (CC 109). Así, para que el catecúmeno perciba la llamada per-

sonal de Dios dirigida personalmente a él y perciba el amor de Dios que sale a su encuentro y lo acoge (CC 111), será importante que la catequesis ayude a descubrir

“el poder de la aceptación incondicional en las relaciones humanas, como energía dinamizadora de la persona. El hombre actual necesita, hoy más que nunca, poder ser apreciado exactamente por lo que es, más que por lo que hace o tiene. La catequesis ayudará a descubrir cómo la fe nos da la íntima convicción de que Dios tiene la iniciativa en el amor y nos ofrece -en Jesús- por gracia la reconciliación con El, con nosotros mismos y con los demás. Esto genera la aceptación serena del propio destino, una aceptación profunda del propio ser, una íntima reconciliación con la humanidad a pesar de reconocerla marcada por la división, el interés egoísta y la injusticia” (CC110).

Esto supone una actitud leal de aceptación incondicional del catequista respecto de cada catecúmeno y una relación educativa de diálogo auténtico, a través de los cuales se revela Dios como amor y gratuidad y se establece el diálogo entre Dios y el hombre (cf. CC 110-111).

La catequesis es, ante todo, una acción de salvar al hombre. El acto de catequizar es un acto salvífico que muestra el amor de Dios a los hombres (cf. CC 110). Es una mediación de la Iglesia, a través de la cual Cristo realiza la salvación del creyente. La salvación del hombre no se logra sin la adhesión, de una u otra forma, a Jesucristo por la fe viva. La catequesis es educación de la fe en orden a la salvación en Cristo por el Espíritu. Esto confiere a la catequesis un sentido dramático, al mismo tiempo que gozoso, apasionante y vivo.

Siendo como es la fe un don de Dios, en la catequesis se trata de transmitir una enseñanza en condiciones tales que consigamos que los catecúmenos queden atentos a la presencia y acción interior del Espíritu y se dispongan a ser dóciles a Dios que les habla, que les llama. Esto reclama un clima religioso y orante en la catequesis (cf. CC 109).

La catequesis suscita el sentido de la gratuidad, de la iniciativa divina de salvación, el sentido religioso y de la trascendencia; introduce en una experiencia integralmente cristiana, religiosa, teologal; lleva al descubrimiento o redescubrimiento,

afirmación, reconocimiento y confesión de Dios como Dios, como lo único necesario⁴⁰. Anuncia al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, manifestando en todo tiempo la originalidad de la revelación cristiana (cf. CC 177-179). Está al servicio de la respuesta personal de la fe y, por lo mismo, de la educación integral y progresiva de la fe, considerada como plena adhesión del hombre a Dios y como aceptación del contenido y mensaje de su Palabra; entraña, por ello, la maduración permanente, integradora en un sano equilibrio de esa doble dimensión de la fe (cf. CC 129-33), y tiende a generar una mentalidad de fe⁴¹.

2. En cuanto que la revelación de Dios tiene una dimensión histórica, la catequesis es narración de los acontecimientos salvadores de Dios, de las mirabilia Dei, es proclamación de una palabra encarnada en narraciones históricas, narración de los hechos significativos para el hombre de la historia de la salvación; ella es, por lo mismo, relato, memorial y testimonio; es exposición del recuerdo del pasado de la historia de la salvación-revelación, de la conciencia del presente de la salvación, y de la esperanza de la vida futura (DCG 44).

La catequesis, asimismo, capacita al cristiano para leer la historia personal y colectiva como historia de la salvación de Dios y para insertarse, desde ahí, dentro de esa gran historia – integrar la pequeña historia personal dentro de la gran historia de la salvación que Dios opera–, “impele a leer los acontecimientos y la experiencia humana a la luz de la fe y de la historia de la salvación” (CC 113). Capacita igualmente para reconocer, en las circunstancias y situaciones de la vida, la invitación de Dios que le llama a reconocer y secundar su designio de salvación. Le ayuda a interpretar cristianamente las realidades humanas y los signos de los tiempos y a percibir la unidad que existe entre el plan salvífico de Dios y las aspiraciones más profundas de los hombres (cf. CC 113-14; DCG 74).

⁴⁰ Cf. CAÑIZARES, “Hablar de Dios”.

⁴¹ CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *Il rinnovamento della catechesi*, 38.

La catequesis interpreta la acción de Dios, anuncia la conversión y conduce hacia el futuro (cf. CC 112; DCG 74). Incluye una concienciación para llevar a cabo la obra de renovación de la humanidad, a la luz de la experiencia viva del pueblo de Israel, de Jesús y de la Iglesia -sacramento histórico de Cristo-. Es, al mismo tiempo, anuncio e interpretación: anuncia la acción de Dios, y, anunciándola, interpreta ya la historia de los hombres. La catequesis anuncia la Palabra que ilumina e interpreta la vida y la historia humana. Por eso le corresponde, mediante la explicitación del Evangelio, favorecer el proceso que conduce hacia el hombre maduro en la fe, “capaz de reconocer en medio de las diversas circunstancias y encuentros con el prójimo la invitación de Dios que le llama a cumplir su designio salvador” (DCG 26).

De ahí que la catequesis tiende a establecer un vínculo estrecho entre la Palabra de Dios, las experiencias fundantes de la revelación, y las experiencias humanas actuales (cf. CC 113-14).

Tres son las funciones principales que puede desempeñar la experiencia humana en el acto catequético: - unas veces se presenta como objeto que la catequesis debe interpretar o iluminar. (La catequesis ha de dar sentido a las experiencias, sobre todo a las más hondas y radicales, y a los acontecimientos humanos); - otras veces servirá para explorar y asimilar las verdades contenidas en la revelación. (En este sentido, nos ayuda a penetrar mejor en el mensaje del Evangelio); - otras veces, estimulará el justo deseo de transformar la propia conducta. (La catequesis ayudará así no sólo a interpretar los acontecimientos, sino a transformar, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes y los modelos de vida que están en contraste con la Palabra de Dios) (cf. EN 19) (CC 115).

Fiel a la dinámica de la revelación divina, la palabra de la catequesis “enseña a descubrir los signos de la presencia de Dios en la Iglesia y en el mundo”⁴²: “Es todavía frecuente entre nosotros emplear en la catequesis un lenguaje positivista que, al ‘objetivar’ o ‘cosificar’ el misterio de Dios, diluye el lenguaje

⁴² CC, 4ª Ley de la Catequesis, p. 56.

simbólico en el que se nos ha comunicado la revelación divina” (CC 116).

La catequesis interpreta los signos de la acción de Dios, capacita para su lectura, introduce en ellos, ayuda a expresarse a través de ellos. La catequesis es una palabra significada, acompañada de los signos a los que remite: acontecimientos, personas, instituciones, símbolos y ritos, doctrinas, testimonios de vida, que, en su conjunto expresan y remiten a la revelación de Dios, a la acción salvadora actual de Dios (cf. CC 118).

En efecto, Dios se nos ha revelado en la historia y, por tanto, a través de signos. Los acontecimientos históricos de la salvación son siempre signos de una presencia que está más allá de ellos mismos, la del ‘Dios invisible’ y la de ‘la verdad íntima acerca de Dios y de la salvación del hombre’ (ver DV 2), que se nos ha manifestado en Cristo, imagen del Padre. De ahí que la catequesis se ha de dirigir al hombre en ‘su dignidad fundamental, la de buscador de Dios’ (CT 57) ayudándole a ver lo invisible y a adherirse de tal manera al absoluto de Dios que pueda dar testimonio de El, sobre todo, en una civilización materialista que lo niega” (CC 117).

La catequesis introduce en la totalidad de los signos por los que se expresa la actualidad de la salvación en aquella realidad que es sacramento universal de salvación, la Iglesia. La catequesis, en definitiva introduce en el gran signo visible y actual de la salvación que es la Iglesia (cf. CC 118).

“Todavía podemos distinguir otra vertiente significativa en la revelación de Dios que se hace en la historia. Nos referimos a la dimensión de futuro escatológico que tiene todo suceso histórico-salvífico” (CC 120).

3. Dado que “la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación del hombre se nos manifiesta por la revelación de Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de la revelación” (Dv 2; cf. DV 4), la catequesis tiene un carácter cristocéntrico (CC 123).

El centro de la catequesis es el misterio de Cristo. “En la catequesis nos esforzamos por lograr la comprensión y la experiencia de la importancia que tiene Jesús, el Cristo, en nuestra vida de cada día. La catequesis habrá de anunciar claramente

que Dios Padre nos reconcilia consigo por Jesucristo y que el Espíritu Santo guía nuestra existencia”⁴³.

La catequesis tiene como misión

“dar a conocer en el Espíritu el misterio de Dios salvador: ‘esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo’ (Jn 17,3). Este conocimiento no es un saber cualquiera; es conocimiento de un misterio, anuncio gozoso, sabiduría, según el espíritu, síntesis orgánica centrada en el misterio de Cristo. No es un sistema, una abstracción, una ideología. La catequesis tiene su origen en la confesión de fe y conduce a la confesión de fe. Hace posible que la comunidad creyente proclame que Jesús, el Hijo de Dios, el Cristo, vive y es Salvador”⁴⁴.

La catequesis es una introducción al encuentro personal y fiel con Cristo, ya que

“en el centro de la catequesis encontramos esencialmente una persona, la de Jesús de Nazaret, ‘Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad’, que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros. Jesús es el ‘Camino, la Verdad y la Vida’ y la vida cristiana consiste en seguir a Cristo, en la *sequela Christi*. El objeto esencial y primordial de la catequesis es, empleando una expresión muy familiar a san Pablo y a la teología contemporánea, ‘el misterio de Cristo’. Catequizar es, en cierto modo, llevar a uno a escrutar ese misterio en toda su dimensión: ‘Iluminar a todos los santos cuál es la anchura, la largura, la altura y la profundidad y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios’. Se trata, por tanto, de descubrir en la persona de Cristo el designio eterno de Dios que se realiza en él. Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por él mismo, pues ellos encierran y manifiestan su misterio. En este sentido, el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto, sino en comunión, en intimidad con Jesucristo: sólo él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad” (CT 5).

⁴³ Sínodo 1977, *Mensaje*, 7.

⁴⁴ *Id.*, 8.

La catequesis es la iniciación en el seguimiento de Jesús⁴⁵, que implica adherirse a su persona, descubrir en profundidad su mensaje, adoptar su estilo de vida, celebrar su presencia en los sacramentos, reunirse -en su nombre- en una comunidad, participar en su envío al mundo y esperar su venida gloriosa (CC 124).

El seguimiento de Cristo es algo más profundo que una mera imitación de su vida que, en rigor, pudiera ser hecha por un no creyente a instancias de una mera ascesis moral. Es, ante todo, dejarse cautivar por Alguien que está vivo y, como fruto de esa vinculación personal, tratar de actualizar en nuestra vida los valores y actitudes que El vivió. Es, en otras palabras, la introducción progresiva en la misma experiencia de san Pablo: 'ya no vivo yo: es Cristo quien vive en mí' (Ga 2,20) (CC 124).

Se trata de que, a través de la catequesis, por la acción del Espíritu y por la acción pedagógica y hermenéutica, se ayude al catecúmeno a que en él se actualicen las mismas actitudes y sentimientos de Jesús en los cuales Dios se ha revelado, a que sea testigo de Jesús con una identidad específica. La introducción en el seguimiento de Jesús entraña una catequización integral que conduce a la asunción de la identidad cristiana (cf. CC 125).

La catequesis educa en los cristianos el sentido de su identidad específica. La identidad cristiana, que no significa involución, integrismo o ghetto, afirma lo original cristiano: la referencia y vinculación a Jesucristo, Señor y Salvador del hombre y de la historia. Referencia vivida como encuentro-conversión, conocimiento, relación y seguimiento. La identidad cristiana implica caminar dentro de la Iglesia, sacramento de Cristo, de la que el creyente se sabe miembro por el bautismo. La catequesis suscita cristianos que vivan con gusto su vocación a la fe, cristianos fuertes en la fe, gozosos de serlo, seguros del sentido que dan a su vida, interpeladores de la cultura, "radicales" en su estilo de vida peculiar movida por los valores evangélicos -las bienaventuranzas- y en su misión de ser luz y sal de la tierra. Cultivar la identidad cristiana pide de la catequesis el que

⁴⁵ CC, 5ª Ley de la Catequesis, p. 56.

se centre, en su anuncio-explicación del mensaje, en lo esencial y en que presenten íntegramente el Evangelio con una totalidad, no tanto extensiva, cuanto intensiva.

La catequesis ha de transmitir el mensaje de Jesús en toda su pureza, de suerte que la formación cristiana integral que ha de proporcionar se inspire realmente en los criterios y actitudes del Evangelio, por encima de cualquier otra mediación necesaria⁴⁶.

La catequesis trata de situar los diferentes elementos que intervienen en su anuncio, de forma que lo esencial de éste -Jesucristo- con toda su radicalidad, con todo su poder de escándalo (cf. CC 126) y con todo el atractivo de su inimaginable novedad se haga presente a los creyentes y a los hombres de nuestros días y les ponga en la exigencia ineludible de un proceso de conversión incesante.

La catequesis presenta la totalidad del misterio de Cristo, de forma que su obra y su realidad íntegra no sean desfigurados o reducidos, y aparezca con toda la fuerza de su significado y realidad salvífica y liberadora para el hombre. De esta manera, el cristocentrismo en la catequesis conlleva que “a través de ella se transmite no la propia doctrina o la de otro maestro, sino la enseñanza de Jesucristo, la verdad que El comunica o, más exactamente, la verdad que es El... En la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a El; el único que enseña a Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca. La constante preocupación de cualquier catequista, cualquiera que sea su responsabilidad en la Iglesia, debe ser la de comunicar, a través de su enseñanza y de su comportamiento, la doctrina y la vida de Jesús” (CT 6), que ilumina la vida y da respuesta a los grandes interrogantes del hombre (cf. CT 5, 22). La catequesis ha de transmitir la persona y el mensaje de Jesús en toda su originalidad y pureza, de tal manera que la iniciación cristiana integral que ha de procurar se inspire realmente en los criterios y acti-

⁴⁶ CC 126. Ver también el cuarto capítulo de CC, “Identidad cristiana e iniciación eclesial en la fe”, sobre todo los números 159-171.

tudes del Evangelio, por encima de cualquier otra mediación concreta.

La catequesis “entrega” una palabra que llega al hombre en su situación concreta y lo impulsa a encaminarse hacia Cristo⁴⁷. Esta referencia a la vida, que debe ser constante, impide que la catequesis se quede “en meramente doctrinal” (CT 37). “La palabra genuinamente catequética transmite fundamentalmente los núcleos esenciales o sustancia vital del anuncio evangélico, que nunca puede ser cambiado ni silenciado”⁴⁸, que se refiere al sentido último de la existencia y la ilumina (cf. CT 22). Con razón la catequesis, con inspiración catecumenal, puede ser considerada como una *treditio evangelii in Symbolo et in oratione Dominica*, ya que “la íntegra sustancia vital del Evangelio que es transmitida a través del Símbolo de la fe (y del Padre Nuestro) nos comunica el núcleo fundamental del misterio de Dios Uno y Trino, tal y como nos ha sido revelado en el misterio del Hijo de Dios encarnado y Salvador que vive siempre en su Iglesia”⁴⁹ y nos desvela las actitudes fundamentales del hombre creyente, que se sabe y vive como hijo de Dios y hermano de todos los hombres. “La catequesis ha de promover, por tanto, una fundamentación integral de la fe, educando todas las dimensiones de ésta (conversión a Dios, conocimiento del mensaje, moral evangélica, vida comunitaria, compromiso evangelizador...), siendo esta riqueza del “acto catequético” la que le confiere su “carácter específico” dentro del proceso total de la evangelización, ya que le toca cumplir en él, al mismo tiempo, “tareas de iniciación, educación e instrucción” (DCG 31): de iniciación en el misterio de Dios, en la oración, en la celebración y en la vida comunitaria; de educación en los valores del Reino y en el compromiso misionero; de instrucción en el mensaje cristiano y en su sentido salvífico para el hombre y para el mundo” (CC 132).

⁴⁷ Sínodo 1977, *Mensaje*, 8.

⁴⁸ *Id.*

⁴⁹ *Id.*

V. CONCLUSION

Al final de este estudio podemos concluir que una catequesis que, fiel y creadoramente, actualice la revelación divina, y lo haga en el conjunto y unidad de las dimensiones señaladas por el Vaticano II y recogidas por los Obispos de la Comisión de Enseñanza y respetando las condiciones objetivas y personales de esta actualización, posibilitará, dispondrá y preparará, el camino hacia el encuentro, conocimiento y reconocimiento de Dios como Dios.

Una catequesis así hablará de Dios, proclamará y presencia-
lizará, en el Espíritu, su palabra para establecer una relación con El de confianza y obediencia; podrá conducir a poner en y a esperar de El la salvación definitiva. Una catequesis así, por el anuncio, el testimonio y la memoria, hablará de El para darle gloria en una vida real y concreta vivida con gozo y agradecimiento.